

Solón Argüello, con Santiago y Lino: parientes de letras y de sangre

Moisés Elías Fuentes



Colegio de la Asunción, León, Nicaragua, 1900

FAMILIA DE ABOLENGO QUE HA COBIJADO A ALGUNOS de los mejores escritores de Nicaragua, el linaje Argüello dio al movimiento modernista tres autores contrastantes en sus destinos y en sus obras literarias: Santiago, Solón y Lino Argüello. Coterráneos de Rubén Darío, nacidos

en la misma ciudad de León que atestiguó las primeras letras del adalid modernista, los tres se vieron influidos por su proyección, aunque hay que destacar que fueron de los pocos modernistas nicaragüenses que buscaron sus propios temas, acentos e imágenes, más allá de los aprendidos en la poesía dariana.

Parientes, que no hermanos, diríase que en estos modernistas se hicieron patentes tres hechos que rubricaron a la generación modernista en general como una generación de sino trágico: la incompreensión intelectual en el caso de Santiago, la muerte a traición en el caso de Solón y la dipsomanía en el caso de Lino. Finales pesarosos, sin duda, que empañan la justa apreciación de cómo vivieron sus vidas, de cómo asumieron con singular entereza aciertos y desatinos.

De los tres, Santiago fue el que alcanzó mayor prestigio como escritor de oficio, hecho y derecho, pero fue el que más sufrió las burlas de la revolucionaria generación de Vanguardia, y aún hoy se le tiene más como una reliquia que como un autor digno de revalorarse. Fue además el único de los tres Argüello que llegó a la vejez, pues nació el seis de noviembre de 1871 en León, y murió en Managua el cuatro de julio de 1940. Atestiguó, así, el cenit de Rubén Darío y el nadir de la Vanguardia.

El que vivió menos fue Solón Argüello, pero fue el de vida más agitada. Nacido en León el once de julio de 1879, murió asesinado entre el kilómetro 60 y el 62 del ferrocarril México-Querétaro, en plena dictadura de Victoriano Huerta. Más que por su poesía y su narrativa, a Solón se le recuerda por su actividad política y, sobre todo, por haberse entregado literalmente en cuerpo y alma a la Revolución Mexicana de 1910 y por su adhesión sin cortapisas al gobierno de Francisco Madero.

Nacido en León el 10 de agosto de 1887 y fallecido el 15 de agosto de 1937 en la misma ciudad, Lino Argüello vivió exactamente medio siglo, a medio camino entre la juventud de Solón y la vejez de Santiago. Dipsómano, vagabundo, curiosamente es su obra literaria la que ha preservado a salvo del olvido a Lino. Honor a quien honor merece: a pesar de la calidad de la obra literaria de sus parientes, la de Lino es la más lograda, concéntrica, rica en experimentaciones y plena de audacia metafórica y de una rítmica seductora que todavía hoy atrapa el oído de los lectores.

El destino de los Argüello es el eco del sino de autores como el mexicano Manuel Gutiérrez Nájera, el cubano José Martí y el colombiano José Asunción Silva, quienes con sus vidas agitadas y aciagas, sus muertes inesperadas pero de antemano señaladas, sus legados literarios, dilatados y abrumadores, signaron el espíritu del modernismo, al tiempo que dieron luces a los jóvenes escritores para la continuación y renovación del movimiento.

Santiago Argüello fue apreciado por escritores como José Enrique Rodó y José María Vargas Vila en la América Latina, y en España por Francisco Villaespesa y Emilia Pardo Bazán. Abogado, alternó esta profesión con la docencia en el área de literatura. Así, también alternó su residencia en Nicaragua y en diversos países de Europa y América, entre ellos Francia, España, Estados Unidos y Cuba, donde residió cerca de diez años. A su regreso de Cuba en 1939, y luego de una breve estancia en Guatemala, vivió el último año de su vida en Nicaragua, pues falleció el ya mencionado 4 de julio de 1940.

Solón Argüello también fue viajero, pero a diferencia de Santiago, se entregó al azar. De dieciocho años, después de estudiar la carrera magisterial, emigró a El Salvador y entabló amistad con los intelectuales Modesto Barrios y Félix Medina, con quienes echó a andar un colegio privado y un diario, *El Heraldito*. Su espíritu aventurero lo impulsó a seguir al norte, radicando en Guatemala y en Estados Unidos, antes de establecerse, hacia 1901 o 1902, en México, en el entonces territorio de Nayarit, lugar en el que fue profesor de primaria, labor que compaginó con el trabajo literario.

Simpatizante de Francisco Madero, se involucró en la campaña electoral de éste por la presidencia, participó en la Revolución de 1910 en contra del régimen dictatorial de Porfirio Díaz, colaboró en el gobierno maderista instituido en 1911 y lo defendió durante los hechos de sangre y traición de la Decena Trágica. Refugiado por un tiempo en Estados Unidos, retornó a México y en Nayarit organizó un grupo de resistencia guerrillera ante la dictadura de Victoriano Huerta. Apresado por los adictos al usurpador del legítimo gobierno, murió asesinado el 29 de agosto de 1913, en un punto no especificado de la vía ferroviaria México-Querétaro.

En comparación con sus ilustres parientes, Lino Argüello fue sedentario. Huérfano de madre desde la infancia, los crió su abuela paterna, Leocadia del Prado de Argüello, dama severa y dulce a la vez, quien dejó



una huella indeleble en el frágil nieto. Escritor precoz, Darío aplaudía en él al poeta de “finos caprichos”. Su presencia en las tertulias literarias se volvió imprescindible, así como se volvía crónica su dipsomanía. “Hermanito perro mío, Lino de Luna” le llamaba el sacerdote y poeta Azarías H. Pallais. Más de un autor le auguró que sería adalid de la nueva poesía nicaragüense, pero él siguió su destino, más cercano a sus admirados Edgar Allan Poe y Charles Baudelaire que a las nuevas corrientes. A los cinco días de haber cumplido los cincuenta años, murió en el hospital San Vicente de Jesús, en su ciudad natal.

Poetas de intereses personales, los tres coincidieron en el tema de la soledad del individuo. No es gratuito que escribieran poemas dedicados al destierro y a amadas muertas. En esos poemas coincidentes por la temática, que no por el estilo, revelaron mucho de sus aspiraciones particulares. Santiago pareciera adivinar su destino de autor mal apreciado en el irónico juego que es el poema “¿Veritas?”:

Hay en el bosque muchos niños. Lleva
cada uno su verdad alegremente.
Y, al reverso de cada verdad, nueva
verdad que dice a la verdad, que miente.
El viejo tiembla. El sol enfermo. Nieva.

Se sienta y dice: —El bosque está vacío:
es la verdad que la verdad no existe—.
Se pone a cavilar su desvarío;
y luego exclama con acento triste:
—¿Y si es mentira esa verdad, Dios mío?...

Sin la pesantez intelectual que deslució otros de sus poemas, en textos como el anterior surgen sin fingimientos las emociones y los desvaríos nostálgicos de Santiago, desvaríos que en lugar de perderlo, le llevan a aventurarse más allá de las fronteras modernistas a las que él mismo pretendía ceñirse. En igual línea creativa se halla otro poema, “Ella tenía un pajarito”, un suave capricho de tinte romántico:

Ella tenía un pajarito.
Y una tarde muy triste ella se me murió.
A ella se la llevaron, y al pajarito huérfano,
como ya no estaba ella, lo acompañaba yo.

Y otra tarde muy triste
el pajarito se murió también.
Y le besé llorando su piquito ya frío.
Y sentí que mi muerte se me murió otra vez.

Modernista, revolucionario, trotamundos, en la poesía de Solón se reflejan tales aspectos de su intelecto y sentimiento a través de un simbolismo que Pedro Henríquez Ureña saludó sin obviar el señalamiento de que era un tanto “tardío”, pero al que Solón permaneció tozudamente fiel, aunque al fin y al cabo no del todo desatinado, ya que encontró por medio del simbolismo acentos singulares que rescatan algo más que un puñado de poemas, tal el caso de “Y prosiguió en su signo...”:

Pasó, lleno de polvo
Su traje asaz roído,
con sus viejas sandalias que conocen
cien valles, cien desiertos, mil caminos.

Pasó, con su melena
que desgredaba el austro,
con su triste mirada pensativa,
que escruta, siempre fija en el arcano.

por la que cabecean cocoteros con sueño,
como agua verde y plata que tristemente ondula.

Es la vida del peregrino Solón, paralela a la de las etnias indígenas que contempló, menospreciadas y aisladas, en el contrastante paisaje nayarita. El exaltado militante político se revela, en sus mejores poemas, como un hombre lleno de dudas, a la espera de la acción, de la revuelta que aviva el alma humana y la renueva. En otro poema de contemplación el autor advierte que “No pasa ningún vuelo”:

Como impaciente carne de mujer, la cuartilla;
el lápiz, suspendido, como interrogación;
y en la siniestra mano la pálida mejilla...
No pasa ningún vuelo de águila o alción.

Romántico ostensible, Lino no fue un poeta cursi. Su romanticismo había abrevado lo mismo en Víctor Hugo que en Bécquer, y en sus mejores momentos alcanzó un equilibrio en que se conjuntaban el sentimentalismo sin sensiblerías y el intelectualismo sin frialdades. De sus poemas, tengo para mí como una pequeña obra maestra a la que regreso de tanto en tanto “Blanca murió en octubre”:

Blanca murió en octubre, cuando en el cementerio
las lápidas están más solitarias que nunca,
y en un fondo gris destacan los cipreses
la esbeltez principesca de su elevada angustia.

En octubre los cielos no son cielos, son algo
que se entra al alma en gris, en cosa hiriente y
[húmeda,

Se trata sin duda del poema de un hombre en plena comunión con la poesía, a pesar de o justamente por las adversidades y giros de su vida. Poema que rememora a Edgar Allan Poe con sus novias muertas y a Baudelaire con sus solitarios desgarrados por el otoño parisino, “Blanca murió en octubre” nos devela la profunda soledad del hombre, pero también la profunda humanidad del poeta:

Blanca murió en octubre, cuando en el cementerio
hay olores de puertos: aceites y pinturas...
¿El aguarrás sutil ofendió su dilecta
pasión por los perfumes, con su caricia brusca?...

Ya el Día de Difuntos se acerca, Blanca, espera
los lirios —tus amigos— y tus amables lunas...
Noviembre, con sus cielos azules con cometas
de colores, que cantan... di, ¿siempre te gusta?...

Solón Argüello murió asesinado por los esbirros del usurpador Huerta el 29 de agosto de 1913, por lo que se cumple en este 2013 el centenario de su fallecimiento. Muy poco es lo que aún sabemos de este nicaragüense mexicano, hombre de su tiempo y por lo mismo en búsqueda de nuevos y mejores tiempos, tanto en Nicaragua como en México, sus dos patrias por derecho propio. Como mínimo homenaje, me he atrevido aquí a acompañarlo de estos dos parientes de sangre y hermanos de letras, coterráneos nicaragüenses, en el ánimo de conocer el ambiente en que se formó y se forjó el singular espíritu de Solón, maderista nicaragüense. 